

Introducción teológica a la homilía pontificia de Colonia

La Homilía del papa Benedicto XVI durante la Misa que clausuraba la XX Jornada Mundial de la Juventud (21-VIII-05), tiene la profundidad teológica que se esperaba del talento y sabiduría del actual Pontífice Romano

Autor: Antonio Orozco Delclós | Fuente: Arvo.net



Introducción teológica a la homilía pontificia de Colonia

La Homilía del papa Benedicto XVI durante la Misa que clausuraba la XX Jornada Mundial de la Juventud (21-VIII-05), tiene la profundidad teológica que se esperaba del talento y sabiduría del actual Pontífice Romano. Con palabras sencillas, humildes, evangélicas, ha expresado realidades tan poderosas, por usar una analogía incluida en la homilía misma, como la fisión nuclear. Quisiera en estas páginas desvelar un poco, por vía de urgencia, el trasfondo de la teología de la Eucaristía que a mi parecer el Papa Benedicto ha querido transmitir, en continuidad con el magisterio de Juan Pablo II y la entera Tradición apostólica. Lo haré al hilo del capítulo VI de la Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17 de abril de 2003: sigla EE), donde se trata de «María, Mujer eucarística».

Juan Pablo II recuerda en ese entrañable documento que en su [Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*](#) (16-X-2002), había presentado «a la Santísima Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo», y había «incluido entre los misterios de la luz también la institución de la Eucaristía. María, en efecto, puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él, aunque a primera vista, el Evangelio no habla de este tema - en el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María - se sabe, sin embargo, que estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. Hch 1, 14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (Hch 2, 42). Pero, más allá de su participación en el Banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer «eucarística» con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio» (EE 53).

En el punto siguiente (EE 54), el Papa considera el misterio de fe que se encierra en la Eucaristía - *Mysterium fidei!*, exclama- , «que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios». Ciertamente la razón no se encuentra con un límite mayor, puesto que los sentidos muestran las apariencias de una realidad totalmente distinta a la que contiene el Sacramento. Ha de asentir, en cierto modo, «contra toda evidencia» a la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Cristo bajo las figuras del pan y del vino consagrados. La fe en la Eucaristía no es posible sin un abandono absoluto en la palabra de Dios revelante. Aquí está el milagro de los milagros, «misterio de fe que anuda en sí todos los misterios del Cristianismo» (San Josemaría E., *Conversaciones*, n. 113): Dios Uno y Trino, la Encarnación del Verbo, la Redención de la humanidad, la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección, la glorificación eterna... *Tibi se cor meum totam subiicit: mi corazón se somete a Ti por entero...* (Himno Adoro te devote)

«Nadie como María –prosigue el papa Juan Pablo- puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta. Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: «¡Haced esto en conmemoración mía!», se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: «no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “pan de vida”». (EE 54). Nadie como María ha creído en la palabra de Dios al recibir la embajada del Ángel de la Anunciación. Es cierto que la presencia del ángel le ofrecía la evidencia de la divinidad del mensaje, pero el contenido era del todo trascendente a su razón: la concepción virginal del Hijo de Dios (Dios Hijo). La Virgen había de creer lo increíble y creyó. Su fe no resultó vana, al contrario, divinamente fecunda. Dió a luz al Emmanuel, Dios-con-nosotros.

En la Eucaristía se encuentra presente el mismo Cristo que engendró María - Qui natus est ex Maria Virgine, rezamos en el Credo.«En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios» (EE 55). Así el Papa subraya la identidad de Jesús Sacramentado con el Niño que llevó María en su seno. En la Comunicación eucarística, nuestro cuerpo se asemeja al de María en tanto se convierte en sagrario de la Humanidad del Señor. Esta analogía mariana no es única y enseguida lo veremos. No hay univocidad, obviamente, puesto que el fiel cristiano no da su cuerpo y su sangre a Cristo como lo hizo la Virgen. Pero hay analogía en tanto «María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor» (55).

La semejanza, en la analogía mariana, existe desde el momento en que «la Eucaristía [...] está en continuidad con la Encarnación» (55). Con esta afirmación Juan Pablo II enlaza con la de su predecesor León XIII, que en seguida hallaremos.

LA EUCARISTÍA EN CONTINUIDAD CON LA ENCARNACIÓN

Si la transustanciación es un cambio sobrenatural, tan admirable, del pan en el cuerpo de Cristo, no será menos asombrosa la transformación que la Eucaristía cause en quien la recibe debidamente dispuesto. Esta consecuencia lógica la encontramos afirmada en la homilía del papa Benedicto: «La transformación sustancial que se realizó en el cenáculo... estaba destinada a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin es la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15, 28)». Como también es lógico, la primera transformación que se realiza –que debe realizarse, con la corespondencia del que recibe la Eucaristía- es la que produce en el comulgante. El Autor de la gracia no se limita a purificar, sanar y proporcionar al fiel cristiano un rato de confiada intimidad con su Creador y Redentor. La transustanciación no tiene como finalidad última la presencia de Cristo en la Eucaristía para estar «un rato junto a» el corazón del cristiano. Observa San Cirilo de Alejandría que «[en las palabras el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él (Jn 6, 56)] tenemos que considerar que Cristo no dice que estará en nosotros solamente con cierta relación de afecto, sino también con una participación carnal o física. Porque así cuando uno junta dos trozos de cera y los derrite por medio del fuego, de los dos forma una sola cosa, así también por la participación del cuerpo de Cristo y de su preciosa sangre Él se une a nosotros y nosotros nos unimos a Él» (Explicación al Ev. de San Juan 11, 11; PG 74, 560). No hay que llevar la analogía al extremo de

pensar que al comulgar nos confundimos con Cristo; pero sí que la unión con Él es tan íntima, en alma y cuerpo, que nos hace «unum» (un cuerpo y un espíritu) con Él. «No comemos –continúa san Cirilo- consumiendo la divinidad (lejos de nosotros tal impiedad), pero comemos la propia carne del Verbo, vivificante, porque es de aquel que vive por el Padre» (Escrito contra Nestorio).

Cuando el Verbo se encarna en el seno inmaculado de María, no se confunden la naturaleza divina y la naturaleza humana de Cristo: ambas quedan perfectas, intactas en cuanto naturalezas; lo sumamente maravilloso es que la humana es asumida por la persona del Verbo, al extremo de que el hombre Jesús es Dios; el «Yo» de Jesús no es otro que el «Yo» del Verbo. No hay más persona en Cristo que la Segunda de la Trinidad. En ésta subsisten tanto la naturaleza divina como la humana. Ambas, se dice en Teología, están unidas hipostáticamente, es decir, sin mezcla ni confusión, pero sustancial e indisolublemente unidas en la Persona única del Verbo. Como es lógico, la naturaleza humana de Cristo, queda así endiosada, pero no desnaturalizada: es una naturaleza humana como la nuestra --salvo en lo que se refiere al pecado--, elevada, enriquecida con tal plenitud de gracia que se encuentra asumida en la intimidad de Dios Uno y Trino.

En la comunión sacramental, comemos la carne del Verbo, esto es, nos hacemos «una sola carne». «La comunión de la carne y de la sangre de Cristo --escribe San León Magno-- no obra otra cosa que nuestra transformación en aquello que gustamos y que continuamente llevamos en nuestro cuerpo y en nuestra alma (...)» (Sermón 64, sec. 7).

Este es un gran misterio de muy difícil explicación. Lo que resulta de la comunión sacramental no es como en la encarnación del Verbo en María, un nuevo ser humano (Jesús) con la personalidad del Verbo. Pero sí algo verdaderamente inaudito, que el papa León XIII, recogiendo el testimonio de los Padres, llama *Incarnationis continuatio et amplificatio* (Eucharistia, *Patrum sanctorum testimonium, Incarnationis continuatio quaedam et amplificatio censenda est. Siquidem per ipsam incarnati Verbi substantia cum singulis hominibus copulatur: Enc. Mirae charitatis, 28-V-1902, o.c., p . 645*), la continuación en cada fiel cristiano del misterio de la Encarnación. La comunión sacramental es como una extensión o ampliación del misterio de la Encarnación en el cuerpo del cristiano. Una unión íntimísima de la naturaleza humana del comulgante con la naturaleza humana del Verbo humanado; y, por medio de ésta, con la Persona del Verbo y la del Padre y la del Espíritu Santo. Es éste un concepto, el de *Incarnationis continuatio*, que Juan Pablo II parece retomar al decir en «Ecclesia de Eucharistia» que «La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación» (EE 55).

Jesús sigue siendo Jesús; el cristiano no le presta (como hizo la Virgen María) la naturaleza humana al Verbo (ya la tiene); el cristiano permanece con su personalidad humana, no divina, pero queda hecho «una sola carne» y «una sola sangre» con el Verbo encarnado. No se trata de «unión hipostática»; pero es la unión no sustancial más íntima de la divinidad con la humanidad, entre una Persona divina y una persona humana; y es como la «connatural» extensión de la Encarnación. Cabe decir que el Verbo se hace carne en María, para encarnarse de otro modo (análogo) en cada uno de sus fieles.

La analogía entre la Encarnación del Verbo en María y la que acontece en la comunión eucarística ya viene sugerida en el Evangelio de Juan: «San Juan ha querido unir en su Evangelio la revelación del misterio eucarístico y la evocación de la Encarnación. Jesús es el pan vivo bajado del cielo para la vida del mundo (cf. Jn 6, 51). El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Esto nos lleva hasta la Anunciación, cuando el Ángel del Señor comunicó la gran nueva a María y por su

consentimiento libre y amoroso, ella concibió en su seno al Verbo, por obra del Espíritu Santo. Existe, pues, un vínculo estrechísimo entre la Eucaristía y la Virgen María, que la piedad medieval acuñó en la expresión "caro Christi, caro Mariae": la carne de Cristo en la Eucaristía es, sacramentalmente, la carne asumida de la Virgen María. Por eso, he querido –decía hace años Juan Pablo II-- poner de relieve en la Encíclica Redemptoris Mater que "María guía a los fieles a la Eucaristía" (n. 44)» (Angelus, 13-VI-1993). (1)

«La Encarnación de Dios-Hijo –escribió el papa Juan Pablo en su Dominus et vivificantem-- significa asumir la unidad con Dios, no sólo de la naturaleza humana, sino asumir también en ella, en cierto modo, todo lo que es "carne": toda la humanidad, todo el mundo visible y material. La Encarnación, por tanto, tiene también un significado cósmico y su dimensión cósmica. El "Primogénito de toda la creación" (Col 1, 15), al encarnarse en la humanidad individual de Cristo, se une en cierto modo a toda la realidad del hombre, el cual es también "carne" (Cfr., por ejemplo, Gén 9, 11; Dt 5, 26; Job 34, 15; Is 40, 6; 52, 10; Sal 145 [144], 21; Lc 3, 6; 1, 24.) y en ella a toda "carne" y a toda la creación» (DV, 50).

De ahí que haya podido decir el Concilio Vaticano II, que «mediante la Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre» (GS, 2). Y para que no haya duda alguna de la extensión del misterio, Juan Pablo II, puntualiza que no se trata del hombre abstracto, sino del real, concreto, histórico, «de cada uno de los cuatro mil millones de hombres vivientes sobre nuestro planeta, desde el momento en que es concebido en el seno de la madre» (Cfr. RH 40). Esta consecuencia, para cada persona humana, del misterio de la Encarnación, tiene consecuencias ontológicas y morales y, por tanto, para la catequesis y la evangelización, puesto que nadie puede decir ahora que está "solo" a la hora de cumplir la misión recibida de Dios. Todo el mundo cuenta ya con una cierta unión con el Verbo encarnado, que le fortalece para la conversión y la aproximación creciente a Dios (Ver DV, 53, último párrafo.)

Si la "sola" Encarnación del Verbo en María tiene dimensiones tan universales que afectan a toda la humanidad, a cada persona humana, sea o no creyente, y a todo el cosmos, ¿qué será lo que acontece a la persona en la cual se encarna el Verbo por la Comunión sacramental? Desde luego, «somos partícipes del misterio de la Encarnación» (DV, 52), en un grado incalculable. Las consecuencias éticas y espirituales se nos escapan en gran medida.

Recordemos que nos estamos moviendo en un misterio estrictamente sobrenatural: en el misterio de la vida sobrenatural del cuerpo y de la sangre de Cristo resucitado y sacramentado. Y hemos de insistir en que, por más sobrenatural que sea, son cuerpo y sangre verdaderos; y en que nosotros venimos a ser realmente «con-corpóreos» y «con-saguíneos» con Cristo, según se expresan los Padres de la Iglesia y acaba de hacer el papa Benedicto.

Cristo se nos da por entero, nosotros le recibimos, Él toma posesión de todo nuestro ser, mediante su carne y su sangre en la nuestra. Nos hace una carne (una sola carne), con Él. «Tomando el cuerpo y la sangre de Cristo, te haces un solo cuerpo y una sangre con Él. Y así, al distribuirse su cuerpo y su sangre por nuestros miembros, somos hechos cristóforos [portadores de Cristo] y según las palabras de Pedro, consortes también de la divina naturaleza» (San Cirilo De Jerusalén, Catech. mystag., 4).

Tienen sentido literal (y sobrenatural) estos términos, no es de maravillar que en todos los tiempos muchos se hayan escandalizado de ellos o derivado a extremos inadecuados. La Iglesia ha tenido que argumentar frente a las diversas formas de gnosticismo que desde los comienzos del cristianismo han acosado a la fe católica.

Los gnósticos no concebían que el Verbo de Dios pudiera hacerse carne, porque consideraban que la materia era una especie de principio del mal, indigna incluso de existir; hasta condenaban el matrimonio, porque multiplicaba la especie. En el siglo II San Ireneo argumenta vigorosamente contra esa mentalidad maniquea: «¿Cómo dicen [los gnósticos] que la carne no es capaz del don de Dios, que es la vida eterna, la carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor y hecha miembros de Él?... Somos miembros de un cuerpo (Cfr. Ef 5, 30), de su carne y de sus huesos; y esto no lo dice [San Pablo] de un hombre pneumático [espiritual] e invisible, porque el espíritu no tiene huesos ni carne (cfr. Lc 24, 39) sino del organismo verdaderamente humano, que consta de carne, nervios, huesos, y el cual se alimenta de su cáliz, que es su sangre, y aumenta con el pan, que es su cuerpo»(San Ireneo, *Contra las herejías*, 5, 2, 3.).

Es muy probable que San Juan en el prólogo de su Evangelio, para decir que el Verbo se hizo hombre, utilice la palabra «carne» tanto porque en la Escritura tiene muchas veces el sentido de naturaleza humana concreta (de carne y hueso y, por supuesto, alma inmortal), pero como poniendo el acento en la materialidad, incluso en la flaqueza que es inherente a nuestro modo de existencia después del pecado original. Decir que «el Verbo se hizo carne» es sin duda un reto a toda forma de maniqueísmo, la afirmación de que nuestra carne y nuestros huesos, nuestra sangre y nuestros nervios, son de una naturaleza, a pesar del pecado, de gran nobleza y dignidad, tanto que no es indigna de que el Verbo se encarne.

El cristianismo auténtico es la mayor proclamación de la dignidad no sólo del espíritu, sino de la materia creada por Dios. Es la afirmación de que la materia, por medio del hombre, en Cristo, es elevada al nivel de la vida divina, es decir, es apta para ser elevada a la unión personal con el Verbo y a la unión sacramental con el cuerpo y la sangre de Cristo.

Por eso, San Josemaría Escrivá ha podido afirmar --y lo ha hecho precisamente en un contexto eucarístico--, que «el auténtico espíritu cristiano --que profesa la resurrección de toda carne-- se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialista. Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu». Y después de recordar que los sacramentos son «huellas de la Encarnación del Verbo», pregunta: «¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios materiales? ¿Qué es esta Eucaristía --ya inminente-- sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo --vino y pan--, a través de los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar? (Cfr. *Gaudium et Spes*, 38)» (*Conversaciones*, núm 115).

«También la carne participa de la vida», dice San Ireneo (*Haer.* V, 4, 3): tanto de la vida espiritual del alma, como --por la gracia-- de la vida sobrenatural de Cristo resucitado.

Recordemos ahora lo dicho por San Pablo: «en Él [Cristo] habita corporalmente la plenitud de la divinidad (Col 2, 9). Es obvio que estas palabras encierran un misterio delicadísimo, que sería muy fácil estropear con glosas apresuradas. Pero ciertamente nos sugieren la dimensión inescrutable de la comunión sacramental con esa corporeidad de Jesús, que contiene todo el poder de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo («En la carne de Cristo --dice San Máximo-- se halla oculto el poder de la divinidad»; y es la que restituye la naturaleza humana a la gracia primera. (Cfr. *Centuria 1*, 8-13; *Lit. Hor.*, 2ª Lect. del día 4 de enero). La palabra humana ha de callar ante tan asombroso misterio.

Podríamos alargarnos, desarrollando el concepto de la dignidad del cuerpo, tan querido por el Papa Juan Pablo II. Pero hemos de seguir nuestra reflexión sobre la Eucaristía.

El cuerpo y la sangre de Cristo, en los que habita la plenitud de la Divinidad, nos diviniza, adentra en la realidad misteriosa de la Paternidad de Dios Padre, en la Filiación de Dios Hijo, en el Amor del Espíritu Santo.

El amor de Dios se nos da en la comunión sacramental hasta un extremo tan hondo, que nunca ponderaremos bastante y nunca lograremos expresar adecuadamente. Lo cierto es que la entrega o donación del Verbo en la comunión eucarística supera infinitamente todas las formas de donación o entrega entre personas creadas, conocidas por la experiencia humana. Ninguna criatura puede darse con la intensidad y fuerza, corporal y espiritualmente, como lo hace el Verbo de Dios.

Los humanos podemos dar muchas cosas de nuestra propiedad, que no son la persona misma; y hacer partícipes a otros de nuestros conocimientos, afectos, sentimientos, proyectos. Podemos darnos a nosotros mismos en cierto grado, por ejemplo, en la amistad o en el matrimonio. Pero hay una barrera infranqueable: no podemos entregarnos de un modo total. No podemos ser de ninguna manera física parte de otro. Tampoco sería bueno, sino una cierta esclavitud, una pérdida de personalidad y de dignidad. En las relaciones entre criaturas todo tiene un límite.

Pero Dios puede llegar mucho más allá de todas las formas de entrega que nos son conocidas. ¿Quién puede darnos a comer su carne viva? ¿No hemos habido de superar, nosotros mismos, una cierta resistencia espontánea a aceptar con naturalidad ese modo de hablar? Unir el verbo "comer" con la expresión "carne de Cristo", quizá ya nos resulte familiar, pero quizá no haya resultado cómodo desde el principio.

No sabemos «cómo» puede ser, pero sabemos que «es» tal como lo decimos. Y es importante que nos familiaricemos con ciertos modos de decir, aunque resulten chocantes a quienes no han frecuentado este género de literatura, porque de otra manera no podríamos avanzar. Seguramente todavía nos queda por superar resistencias a aceptar como «normales» otras expresiones que nos son necesarias para seguir profundizando en misterio tan hondo (que, por lo demás, se encuentran en algunos Padres de la Iglesia, en clásicos de espiritualidad y también en teólogos de altura).

Por ejemplo, a San Bernardo no le choca, al contrario, decir que «comemos a Dios», ni que «somos comidos por Él». «No os asombréis --dice--: nos come y le comemos para vincularnos más estrechamente a él. De otra manera no nos uniríamos a él perfectamente. Porque si le como y no me come, estaría él en mí, pero no estaría yo en él. Y si me come y no lo como, me poseería él mismo, pero él no estaría en mí; y la unión entre él y yo no sería perfecta. Que me coma para poseerme y que le coma yo a él para que esté en mí; así será firme nuestra unión (connexio) e íntegra nuestra compenetración (complexio), si él está en mí y yo en él» (Sermones sobre el Cantar de los cantares, Sermón 71, III, 5. Ed. BAC, Madrid 1987, pág. 889).

Una nueva perspectiva de un mismo misterio siempre es un avance en su comprensión; y cuanto más se avance en un asunto tan vital como la Eucaristía tanto mejor. Un modo que propone Juan Pablo II en Ecclesia de Eucaristia es el de la «Escuela de María», la perspectiva mariana y sus analogías.

ANALOGÍA MARIANA ENTRE EL «FIAT» Y EL «AMÉN»

Juan Pablo II, en el número 55 de *Ecclesia de Eucaristia*, descubre «una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor». Estas palabras merecen una reflexión de cierta amplitud, a la luz de las que siguen: «A María se le pidió creer que quien concibió 'por obra del Espíritu Santo' era el 'Hijo de Dios' (cf. Lc 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino. 'Feliz la que ha creído' (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en 'tabernáculo' –el primer 'tabernáculo' de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como 'irradiando' su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?»

Un día 7 de diciembre, si no recuerdo mal, de 2003, víspera de la solemnidad de la Inmaculada Concepción, antes de rezar el Angelus, desde la ventana de su estudio que da a la Plaza de San Pedro, Juan Pablo II afirmó que en el itinerario hacia el encuentro de Cristo –característico del tiempo de Adviento– «nuestro modelo y guía es María, mucho más bienaventurada porque ha creído en Cristo que por haberlo engendrado físicamente». Estas palabras contienen un carga inmensa de fe, de razón, de vida y de siglos.

No siempre concedemos su valor a lo que hay en nuestra mente –«sólo» en nuestra mente–, como si no tuviera consistencia alguna, como si los pensamientos, intuiciones o conceptos tuviesen una existencia ideal no sólo en el sentido incorpóreo o inmaterial, sino también en el sentido de inconsistente, inoperante, o transitorio y caduco, de cosa que va y viene, que pasa y se va sin dejar apenas un recuerdo cada día más diluido en el archivo oscuro de la memoria; quizá por el temor de caer –como ciertamente ha sucedido y sucede en la historia del pensamiento– en la equivocación de pensar que nuestra mente "crea" la realidad, como si las cosas existieran sólo en la medida en que las conozco, en tanto en cuanto son pensadas, nada más. No, mi pensamiento no crea el mundo, ni a sus pobladores, ni a Dios. Pero conoce, descubre, vive y crece conociendo y descubriendo. Y conociendo, asimila, nutre el espíritu de verdad, bondad y belleza, ama. Conociendo y amando la persona crece, se enriquece, va siendo «más».

El crecimiento de la persona gravita y en cierto modo determina su vida cotidiana, la vigilia y el sueño, el trabajo y el descanso, los heroísmos y las vilezas, todo depende de lo que conocemos. «Ojos que no ven corazón que no siente». No siempre hacemos lo que sabemos bueno ni siempre evitamos lo que sabemos malo. A veces, como acontecía al apóstol Pablo, «no hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero». Pero si tengo la mente poblada de ideas buenas, de conceptos adecuados a la verdad, la bondad y la belleza, podré elegir y hacer la verdad, lo bueno y lo bello. De lo contrario, no. Si tengo juicios equivocados o confusos, si no sé distinguir el bien del mal, mi conducta, mi vida, podrá ir de mal en peor. El saber no da por sí solo la virtud (la fortaleza de espíritu, el dominio de sí, la libertad de escoger lo que realmente quiero), pero la facilita. De ahí la importancia de «poblar» bien, de «amueblar» bien, de «formar» bien nuestra cabeza, es decir nuestra «mente» (mens, animus). Sólo así podré enfilar el camino de la verdad, del bien y de la belleza, en una palabra, la senda de la sabiduría.

De lo que haya en mi mente, depende lo hay en mi corazón, en mis manos, a mi alrededor, en «mi vida». Hay un camino que es verdad y vida, uno solo, muy ancho, polifacético y multiforme, pero uno sólo: Cristo. Él es a la vez Camino, Verdad y Vida: Dios y hombre verdadero. Antes de hacerse hombre, la Trinidad envió un Ángel a la Virgen María para anunciarle que había sido escogida para ser Madre virginal de Dios Hijo, que en Ella se haría «carne». Es decir, algo «increíble». Pero la Virgen creyó. Acogió en su mente la palabra de Dios que a la vez era el anuncio de que el «Logos» («Palabra», «Razón» y «Sentido», Persona Segunda de la Trinidad) iba a encarnarse en su seno. Por la fe colosal de su capacidad inmensa de recibir con toda humildad, concibe en su mente al «Logos» divino, entiende y concibe mentalmente el misterio de la Encarnación del Verbo. Y por haberlo concebido así en su mente es mucho más bienaventurada que por haberlo engendrado físicamente.

Ya en el siglo III Orígenes (185– 254), considerado Padre de la Iglesia, afirma que «El Señor abre en el seno maternal del alma [cristiana], para que sea engendrado el Logos de Dios, y así el alma se haga Madre de Cristo» (Selecta in Genesim, PG 12, 124 C). «¿O no sabes - pregunta el mismo autor, como cosa que hubiera de tenerse por sabida - que de la semilla de la palabra de Dios que se siembra nace Cristo en los corazones de los oyentes?» (Homilía sobre el Levítico, 12,1 7). Es una doctrina que de Orígenes pasó por muchos caminos y variantes - San Máximo Confesor, San Agustín, Juan Escoto Eurígena - hasta la mística alemana (cfr. Schmaus, Teología dogmática, t. V, p. 74).

San Gregorio Nacianceno (330-390) asegura que «cada alma lleva en sí como en un seno materno a Cristo. Si ella no se transforma por una santa vida, no puede llamarse Madre de Cristo. Pero cada vez que tú recibes en ti la palabra de Cristo, y le das forma en tu interior, modelándola en ti como en un seno materno por la meditación, tú puedes llamarte Madre de Cristo" (Sobre el ciego y Zaqueo, 4). Otro de los grandes Padres, San Gregorio de Niza, enseñará en resumidas cuentas que «el alma virgen concibe al Verbo y lo entrega al mundo».

En una de una las lecciones de la Liturgia de las Horas, se afirma que «también se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda (análogamente, como María y la Iglesia). Todo lo cual, la misma Sabiduría de Dios, que es Palabra del Padre, lo dice universalmente de la Iglesia, de modo especial de la Virgen María, e individualmente de cada fiel. Por eso dice: Habitaré en la heredad del Señor. La heredad del Señor en su significado universal es la Iglesia, en su significado especial es la virgen María y en su significado individual es también cada alma fiel. Cristo permaneció nueve meses en el seno de María; permanecerá en el tabernáculo de la fe de la Iglesia hasta la consumación de los siglos; y en el conocimiento y en el amor del alma fiel por los siglos de los siglos» (Beato Isaac, Sermón 51). Y en otro lugar se recoge un texto de San Ambrosio, en el que, al referirse a las palabras de Isabel a María, «dichosa tú que has creído», dice: «Pero también vosotros sois dichosos porque habéis oído y creído, pues todo el que cree, como María, concibe y da a luz al Verbo de Dios y proclama sus obras. Que resida, pues, en todos el alma de María, y que esta alma proclame la grandeza del Señor; que resida en todos el espíritu de María, y que este espíritu se alegre en Dios; porque, si bien según la carne hay sólo una madre de Cristo, según la fe Cristo es fruto de todos nosotros, pues todo aquel que se conserva puro y vive alejado de los vicios, guardando integra la castidad, puede concebir en sí la Palabra de Dios. / El que alcanza, pues, esta perfección proclama, como María, la grandeza del Señor y siente que su espíritu, también como el de María, se alegra en Dios, su salvador; así se afirma también en otro lugar: Proclamad conmigo la grandeza del Señor" (San Ambrosio, Comentario sobre el Evangelio de San Lucas, libro 2, 19, 22-23. 26-27; LIT HOR, 21 lect. del 21 de dic.; el texto subrayado lo cita san Josemaría

Escrivá en Amigos de Dios, n. 281)

Así, pues, la mente o alma del cristiano es apta, con la gracia de Dios, por obra del Espíritu Santo, de formar, de concebir espiritualmente a Cristo en su seno («que Cristo por la fe habite en vuestros corazones»: Ef 3, 17). Es un prodigio que obra el Espíritu en el alma en gracia, enamorada de Dios, asemejándola a la Virgen María: «formar» a Cristo –Verdad, Bondad, Vida, Belleza...- en nuestra mente, para que sea «nuestra vida» y se conforme con la suya.

Santo Tomás de Aquino atiende a otra dimensión del misterio que consideramos. Dice que Cristo «tenía una generación eterna y otra temporal, y antepone la eterna a la temporal... Aquellos que hacen la voluntad de mi Padre le alcanzan según la generación celestial (...). Todo fiel que hace la voluntad del Padre, esto es, que sencillamente le obedece, es hermano de Cristo, porque es semejante a Aquel que cumplió la voluntad del Padre. Pero quien no sólo obedece, sino que convierte a otros, engendra a Cristo en ellos, y de esta manera llega a ser como la Madre de Cristo» (Comentario sobre S. Mateo, 12, 49-50). La fe, unida a la pureza, a la piedad, a la caridad, nos hace hermanos, padres y madres de Cristo. Tiene más miga de lo que parece lo que decía Jesús muy cerca de su Madre: «quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12, 50).

Conviene sortear la tentación de pensar que es excesivo todo esto. En verdad excede toda medida humana, pero Dios es infinitamente más grande y generoso de lo que podemos soñar. Sólo nos pide para obrar grandes prodigios una fe viva, coherente, con obras. Así, para que el prodigio eucarístico acontezca en la plenitud posible, con analogía mariana, es preciso que el «amén» que decimos cuando el sacerdote nos presenta la Sagrada Forma un momento antes de administrarnos el sacramento y nos dice «El Cuerpo de Cristo», sea en verdad análogo al fiat de la Virgen María, de tal modo que, en cierto sentido, pudiera decirse que somos más bienaventurados por la fe puesta en el amén, que por la inmanencia real de la carne de Cristo en en nuestra carne.

Cuando María entra en casa de Isabel, ésta, inspirada por el Espíritu Santo, exclama: «Dichosa tú que has creído. ¡Bendito el fruto de tu vientre!». En el Ave María, añadimos, con un acto de fe: «¡Jesús!». A cada cristiano que viva a fondo su fe en Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre, nacido de María Virgen, podemos decirle: «¡Dichoso tú que has creído! ¡Bendito el fruto de tu mente: Jesús!»

Con las anteriores consideraciones seguramente puede obtenerse mucho fruto de la meditación de los restantes puntos del capítulo IV del documento que nos ha ocupado:

56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería « señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «stabat Mater » de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunió n espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo

que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

EE 57. «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!». Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. Jn 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.

EE 58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar releando el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. Lc 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el Magnificat, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su 'diseño' programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!

Llegados a este punto, es posible que una relectura de la homilía del Sucesor de Pedro, continuador de Juan Pablo II, Benedicto XVI, nos resulte antigua como el Evangelio y como el Evangelio nueva.